

## DESCUBRIENDO TESOROS

**Introducción.** Que todos nuestros días pasan en medio de ambientes «rutinarios», «cotidianos», normales, creo que podemos estar todos de acuerdo. Solemos hacer cada día lo mismo. Trabajos con horarios que se repiten, ambientes de familia, obligaciones, rutinas como ir comprar, cocinar, ir al trabajo en el coche, aparcar, ver las series que nos gustan, mirar al móvil un montón de veces al día, convivir con la gente que forma parte de nuestro tejido social. Dependiendo de la edad es cierto que en la vida se nos repiten muchos lugares, muchas acciones, muchas personas.

¿Puede lo cotidiano convertirse en la tumba de nuestros sueños? Porque si bien es cierto que nuestras vidas son normales, nuestro corazón aspira a una vida mucho más grande llena de razones para la alegría. Al mismo tiempo que se nos va el tiempo en lo concreto de nuestras vidas, convivimos todos con los deseos, los sueños, las ilusiones y las expectativas. Si hay mucha diferencia entre lo que cada día vivimos, y los que deseáramos vivir, ahí tenemos un problema. Steve Jobs el fundador de Apple decía que desde que le detectaron el cáncer de páncreas, lo que cada día hacía al levantarse era mirarse al espejo, y se preguntaba: Lo que voy a hacer hoy ¿es lo que deseo hacer? Y si durante muchos días seguidos la respuesta era no, entonces necesitamos un cambio, una conversión, que es lo que este tiempo de Cuaresma nos ofrece. Lo que aporta la fe a nuestras vidas es que nos regala la posibilidad de descubrir tesoros en medio de lo diario. Nos ofrece una mirada limpia, la propia de los que son bienaventurados, porque son capaces de ver a Dios en medio de sus vidas. Eso ocurre cuando aprendemos a orar.

**Lo que Dios nos dice. “El reinado de Dios se parece a un tesoro escondido en un campo: lo descubre un hombre, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, vende todas sus posesiones para comprar aquel campo. El reinado de Dios se parece a un mercader en busca de perlas finas: al descubrir una de gran valor, va, vende todas sus posesiones y la compra.” Mt 13,44-46.**

El texto del evangelio nos habla de una persona que camina por el camino de cada día, lo de siempre, pero un día se descubre valorando y admirando lo cotidiano con una novedad que le sorprende. Esa es la mirada que nos ilumina la fe. Todo tiene una nueva luz. Esa es la oferta que descubro en mi vida que nos ofrece el Señor. La conversión a descubrir los tesoros que envuelven nuestra existencia. El primer tesoro que descubre el protagonista del evangelio es él mismo. El tesoro principal de mi vida soy yo mismo. La historia de amor que desde mi nacimiento Dios ha construido con cada uno de nosotros. Dice san Pablo que nuestra vida es una carta escrita en nuestro corazón.

**“Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestro corazón, reconocida y leída por todo el mundo. Demostráis ser carta del Mesías, expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, no en losas de piedra, sino en corazones de carne. Esta confianza en Dios la tenemos gracias al Mesías.” 2Cor 3,2-4.**

Cada día lo podemos vivir como una página en blanco que vamos a escribir. Desde el día de nuestro nacimiento, desde nuestra gestación en el vientre materno, Dios va acompañando los acontecimientos. Las personas que nos acompañan, el cariño de nuestros padres, la alegría de nuestros hermanos, el don de la amistad, el amor, los profesores.

**“El Señor me dirigió la palabra: Antes de formarte en el vientre te escogí; antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta de las naciones. Yo repuse: ¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho. El Señor me contestó: No digas que eres un muchacho, que adonde yo te envíe, irás; y dirás lo que yo te mande. No les tengas miedo, pues yo estoy contigo para librarte.” Jr 1,4-8.**

Sabernos llamados por Dios nos tendría que hacer sentir tesoros, reconciliados con nuestros límites y nuestros talentos. Porque somos únicos e irrepetibles, no somos «marca blanca», tenemos denominación de origen. Somos «premium», «gourmet», «delicatessen», «alta gama». Nadie como nosotros ha pisado esta tierra, y lo que tenemos cada uno para aportar, es el tesoro de los que conviven con nosotros. Cuantas huellas imborrables hay en cada uno de nuestros corazones que nos han llegado de las personas que nos han influido. Otro de los tesoros que diariamente podemos descubrir es la vida de los demás. Es en la relación con los otros cuando nosotros descubrimos el valor de nuestra propia vida. Es cierto que la convivencia desgasta, que convivimos con los límites de los demás: sus genios, sus enfados, sus decepciones, sus exigencias. Las diferentes edades, la diferencia entre la psicología masculina o femenina. Pasamos mil veces por delante de las mismas personas, los de siempre. Y a veces lo conocido pierde la novedad. A veces nos falta tiempo para cuidar a nuestros mayores, no tengo tiempo para cuidar a nuestra pareja, no tengo tiempo para ver crecer a mis hijos. Pero se nos escapa la vida a veces en lo accidental y se nos escapa lo verdaderamente esencial. Esta Cuaresma puede convertirse en una oportunidad de volvernos a cuidar. De activar la espiritualidad de la gratitud, de pasar de la exigencia a la gratitud.

**Cómo podemos vivirlo.** Por último, tenemos el gran tesoro de la misericordia de Dios, que acoge todo lo que somos. El Dios que acompaña lo humano dándole vida. El tesoro de una palabra que es salvadora. Una palabra tuya basta para salvarnos. Esta Cuaresma podríamos comprometernos a escuchar la palabra de Dios, de forma diaria. Así como nuestro móvil necesita conectarse al cargador para que todas las aplicaciones funcionen, así nuestra mirada de fe se alimenta de ver la realidad con los ojos de Dios. Es la oferta que le hace Jesús a la mujer samaritana.

**“Jesús le contestó: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva. Le dice la mujer: Le contestó Jesús: El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; quien beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, pues el agua que le daré se convertirá dentro de él en manantial que brota dando vida eterna.” Jn 4,10-14.**